

Entrega de medallas por 20 y 30 años de servicio

Palabras del Rector José Antonio Guzmán Cruzat

Universidad de los Andes · 8 de septiembre de 2026

Buenas tardes a todos.

Esta ceremonia se ha vuelto una costumbre de la casa, y tenemos que cuidar que las costumbres no se conviertan en trámites. Cada año la universidad reconoce a un grupo de mujeres y hombres que llevan veinte o treinta años trabajando acá. No es poca cosa: han entregado dos o tres décadas de sus vidas en esta institución.

En veinte o treinta años, muchos de ustedes tuvieron oportunidades de irse a otro lugar. Con seguridad aparecieron trabajos mejor pagados, o más tranquilos, o más cerca de sus casas. Y sin embargo se quedaron. Eso es lo que estamos celebrando hoy: no el paso del tiempo, que corre solo y no es

mérito de nadie, sino una decisión tomada muchas veces y casi siempre en silencio.

La lista de hoy muestra, además, que la palabra "universidad" es más ancha de lo que suele parecer desde afuera. Acá hay profesores e investigadores de distintas facultades, y también gente de finanzas, de mantención y operaciones, de la Clínica y de la escuela de negocios. Ninguno de esos trabajos llegó a buen puerto por casualidad. Una clase que empieza a la hora depende de que hayan pasado antes muchas cosas, y ninguna de ellas pasa sola.

Hace dos años, en esta misma ceremonia, quedó planteada una pregunta que vale retomar. Decía que el buen ambiente, los amigos y un campus maravilloso no alcanzan para explicar por qué nos quedamos tanto tiempo acá, y que había un algo más. Ese algo más puede decirse hoy con más claridad: el trabajo que se hace en esta casa tiene sentido más allá de quien lo hace. Se prepara una clase, se corrige una

prueba, se atiende a un papá inquieto, se cuadra un presupuesto, se arregla una sala, y todo eso va a alguna parte. No se pierde. Termina, de una u otra forma, en la vida de una persona concreta que se llevará algo de acá para siempre.

Conviene hacerse cargo de lo que hoy nos reúne. Quienes reciben hoy la medalla de treinta años llegaron cuando la Facultad de Ingeniería tenía un año de vida. El ESE no existía. El Instituto de Historia tampoco. Y faltaban dieciocho años para que abriera la Clínica.

No digo esto para implicar el crecimiento de la universidad sino porque dice algo sobre la naturaleza de este proyecto: era algo más grande que cualquiera de nosotros antes de que llegáramos, y lo seguirá siendo después. Empezó como una semilla sembrada en una casa pequeña en la calle Bustamante. Ustedes han visto un tramo largo de ese camino y pusieron el hombro. El camino continúa hoy con mucha gente que no

conocemos y que heredará lo que estamos cuidando.

Sin embargo, un proyecto así no se sostiene en las cosas grandes. Se sostiene en las chicas, y en las chicas también se puede perder. Se juega en si el profesor se preocupa de un alumno sentado en la última fila, que ve que tiene un problema; en si la persona a cargo de un mesón de atención sirve bien a alguien que llegó perdido y nervioso; en si un examen se corrige con cuidado aunque nadie note la diferencia.

San Josemaría, que inspiró esta universidad, lo dijo de un modo insuperable: servir más que brillar con luz propia. Ustedes llevan veinte y treinta años haciendo exactamente eso, la mayor parte del tiempo sin que nadie lo notara. Hoy lo notamos, y por eso estamos acá.

Sobre lo que viene, poco, porque no es día de proyecciones. Pero algo hay que decir,

porque esta fiesta no es un cierre sino un hito en sus caminos.

Vendrán años de trabajo duro para todos nosotros. Habrá menos jóvenes de dieciocho años en Chile, y eso llevará a que tengamos que ser mejores, antes que más grandes. Habrá que explicar una y otra vez, y a quien haga falta, por qué una universidad como esta le hace bien al país. Y habrá máquinas capaces de hacer buena parte de lo que hoy hacemos, en algunos casos mejor que nosotros.

Esto último asusta menos de lo que parece, por una razón que tiene que ver directamente con ustedes. Lo que un computador no hará es justamente lo que esta universidad les ha venido pidiendo durante estos largos años: fijarse en la persona que tienen al frente. Ningún sistema va a mirar a un estudiante a los ojos y decirle que cree en él. Ningún programa va a notar que un compañero de trabajo está pasando por un mal momento. Esa

parte del trabajo queda entera, y es la más importante de todas. En esa preparación, ustedes llevan muchos años de ventaja.

Hay que agradecer también a muchas personas que hoy nos acompañan y no reciben medallas y sin quienes este trabajo no se sostendría: me refiero a las familias de ustedes. Es de toda justicia recordarlo hoy.

Una última cosa, sobre el objeto que se llevan. Es una medalla que no pretende medir algo que no se puede medir. No mide simplemente las horas trabajadas. Valora una manera de haber estado acá; valora que hayan hecho bien lo que les tocaba hacer, simplemente porque había alguien que necesitaba ese servicio y no porque alguien los estuviera evaluando.

Esta universidad tiene siglos por delante. Nosotros no, y es bueno que sea así. Por eso importa tanto lo que cada uno de nosotros deje hecho, para sustento de quienes nos sucedan.

Gracias. Gracias por el trabajo de todos estos años, y gracias por lo que harán en los años que vienen.

Muchas gracias.